

CINCO ROSTROS DE LA POESIA

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

Para Galo René Pérez, el cuerpo único de la poesía tiene cinco rostros, que responden a los nombres de Miguel Hernández, Federico García Lorca, César Vallejo, Porfirio Barba Jacob y Pablo Neruda. Cinco voces plenas en el coro de la poesía hispanoamericana, en torno a las cuales el joven escritor y poeta ecuatoriano intenta una afortunada revisión crítica, en este volumen que acaba de publicar la Editorial Universitaria, de Quito, y cuyo envío debemos agradecer a la generosidad del autor. Galo René ya había publicado otros libros, en prosa y en verso, recibidos con justo encomio por sus lectores y comentaristas. Esta obra reafirma su calidad de ensayista en función docente y en ejemplar actitud exploradora de las zonas más ricas, pero más controvertidas de la lírica actual, escrita en lengua castellana.

En el dibujo de la faz poética de Miguel Hernández, el lápiz de Galo René Pérez conjuga las claridades de la infancia del pastor de Orihuela —que “es como una melodía de cuatro pausas que fluyera de la melancólica zampoña”— con las sombras de los días finales de Miguel, prematuramente maduro para la cosecha final. En el itinerario adolescente del pastor de Orihuela surge la imagen sucitadora de Ramón Sijé —el panadero—, al par que sus raíces se nutrían con la savia culterana de Góngora, y abrevaba en las linfas nuevas de Machado, Juan Ramón y García Lorca. Años después, al término de su difícil visita a Madrid, habría de escribir su máxima elegía a Sijé, su “compañero del alma, compañero”. Hernández, “el zagal solitario, el hortelano”, avanzó guiado inicialmente por el hipérbaton y las elipses tan gratas a don Luis de Góngora, por la senda de “El Silbo Vulnerado”, hasta llegar a las colinas de “El Rayo que no Cesa”, pero siempre seguro de su próxima filiación rural, su tierra de rebaños: “Me llamo barro aunque Miguel me llamo”.

Poeta de la muerte y el proceloso amor, Miguel Hernández se enfrenta al tema, en actitud de reto: “Ya puedes, amorosa fiera hambrienta, / pasar mi corazón, trágica grama”. Galo René Pérez se interna en el estudio de Hernández, con seguro conocimiento de la veta íntima, tanto en los aciertos múltiples como en los instantes “del artificio y el apego muy radical a determinadas formas de rebuscamiento”. Arriba con él hasta la hora de la guerra civil, cuando escribió “Viento del Pueblo” y “Canciones y Romances de Ausencias”, e intenta rectificar a Domenchina. Esta parte

del ensayo se ilustra con la transcripción conmovedora de las cartas de Miguel, a su esposa, Josefina Manrresa, y el texto de las Nanas de la Cebolla, para dejarnos, a la postre, el recuerdo de la sonrisa del poeta —según retrato verbal de Vi ente Aleixandre— “donde la dentadura blanca, blanquísima, contrastaba con violencia como efectivamente una irrupción de espuma sobre una tierra ocre”.

Galo René Pérez traza el perfil de Federico García Lorca, exornado por la aureola del “milagro de la poesía lorquiana que es visible y seductora hasta para el ojo fatigado del vulgo”. Tal exaltación se explica porque García Lorca logró conciliar su voz culta “con la palpitación que sube de ese como oscuro animal acongojado que es la multitud”.

Por el poblado bosque de la bibliografía lorquiana —casi tan denso como el que circunda a Lope de Vega—, el crítico ecuatoriano encuentra que “Poeta en Nueva York”, apenas si ha sido rozado por la exégesis. Se analiza siempre al dramaturgo, al romancero, al autor de las canciones y poemas, y del perdurable “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”, pero queda como en la penumbra este libro, que complementa la exacta ubicación plural de García Lorca, porque en él se rebela contra el “mito de la gitanería”. Confunden —le escribe a Guillén— mi vida y mi carácter. No lo quiero de ninguna manera. Los gitanos son un tema. Y nada más. Yo podría ser lo mismo un poeta de agujas de coser o de paisajes hidráulicos”. Fue en Columbia University y en 1929, cuando se asomó a la orilla de “sangre estremecida dentro del eclipse oscuro” de los negros, en Harlem. Y fue entonces cuando advirtió sobrecogido que él era, ante todo, “un pulso herido que sondea las cosas del otro lado”. El misterio cotidiano y multiplicado en cada hombre, la confluencia definitiva: “Alba no. Fábula inerte / Solo esto: Desembocadura”.

Al análisis del poema escrito en memoria de Ignacio Sánchez Mejías, se consagran varias páginas, llenas de sagacidad y comprensión para esta elegía excepcional. No menos convincentes son sus apreciaciones sobre el teatro de Federico, desde la crisálida escénica del “Maleficio de la Mariposa” hasta el vuelo cabal de “Yerma” y “La Casa de Bernarda Alba”.

Emerge el rostro mestizo de César Vallejo de la bruma de las aravicos y los amautas ayuntados a los conquistadores, “síntesis de un duelo racial de siglos, de un enfrentamiento, todavía mal resuelto entre el conquistador y el aborigen”. Surge Vallejo, el cholo, con su pregón insistente de los “Heraldos Negros”. El poeta de “Trilce” que, hasta sus pos-trimerías, recibirá los “golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!”.

Hecho el inventario de lo caótico, esotérico y rebuscado que hay en Vallejo, queda en su haber aquello que tiene el signo de la misma autenticidad. Y son los “Poemas Humanos”, nacidos en su último tiempo vital, donde “el lenguaje poético de Vallejo satisface las mayores exigencias estéticas”, a tal punto que, —según Pérez— “América no ha tenido un poeta tan completo como Vallejo”.

La línea existencial de César Vallejo osciló entre la cárcel y el tugurio, la diaria agonía y la fuga a los paraísos artificiales, América y Europa, en el mapa de meses aciagos, que desde el nativo Santiago de Chuco —“Sierra de mi Perú, Perú del mundo / y Perú al pie del orbe; yo me adhiero”; cruza por el meridiano de Francia, “—Me moriré en París con aguacero”; y se extiende a España, “—España, aparta de mi este cáliz”...

Poeta y biografía nunca se divorciaron en el quehacer lírico de Vallejo, salvado del naufragio interior y de los “ásperos preceptos gramaticales”, para convertirse en la “expresión más singular y caracterizada de la poesía americana”, de acuerdo con el fallo justo de Galo René Pérez.

Sobre Pablo Neruda abundan las opiones polarizadas en la diatriba rencorosa o en la ciega alabanza. El Neruda joven, que “no pudo arancarse de la más neta ortodoxia lírica”, es el antípoda de otro Pablo, en trance de proselitismo político. Pero hay zonas intermedias, descartadas las influencias inmediatas de Sabat Scarty, Baudelaire y Tagore donde germinan “Farewell y los Sollozos”, antes de ascender difícilmente, tras muchas caídas y concesiones, al “plano imponderable de las Residencias”. Estas constituyen uno de los mayores logros de Neruda.

Ante la urgencia de la disección crítica se ofrecen los cantos de amor a Stalingrado, “España en el Corazón” y el “Canto General de Chile”, en el cual se alzan las “Alturas de Macchu Picchu, estremecidas como un árbol antiguo al que sacudieran las corrientes de una desolación suprema”.

El rigor del diagnóstico implacable se extrema, en torno a “Las Uvas y el Vino”, que “es un libro de algunas centenas de páginas. Tiene veintiún capítulos, un prólogo y un epílogo. Pero todo ello puede quedar reducido a doce páginas. Apenas a doce, porque todo lo demás es poesía caediza, frases sin pensamiento original...”. De esas doce páginas se salvarían, para Galo René Pérez, los poemas al “pastor perdido”, al Danubio, a Chile y a Varsovia. Porque en “ellos está el poeta al que tanto se ha imitado en nuestra América”.

La de Barba Jacob es la máscara que preside la tragedia griega. Galo René Pérez lo hace proceder de los predios angélicos de la infancia, junto a la abuela Benedicta, —donde se impregnó de “ese como misticismo geográfico”— antes de iniciar la evasión, acuciado por el hambre de horizontes, mientras se desdoblaba el niño en fauno, con “los vellos de cabro en unas piernas casi paleontológicas”, atormentado siempre por la cercanía de la muerte y la lejanía del retorno: “Señora, buenos días, señor muy buenos días”...

A través de las “nueve antorchas contra el viento”, que soñó reunir Barba Jacob bajo el título orgulloso de “Poemas Intemporales”, Galo René Pérez descubre lo mejor de la obra de nuestro compatriota errabundo. Aquí, de la “Canción de la Vida Profunda”, de la fulgente “Acuarismántima”, de la “Elegía de Septiembre”, etc., producciones que, “cualquiera

de ellas lo exalta al rango de los clásicos de nuestra lengua, por la lírica tersura de su estilo y su poderosa vibración humana". Hubiera sido muy interesante definir la posición de Porfirio como el último de los modernistas de América, en el tiempo, dentro de la misma línea fluyente que tiene su manantial precursor en José Asunción Silva, su delta formal en Guillermo Valencia y su desembocadura humana en Porfirio Barba Jacob.

Y el contraluz de las "equivocaciones y descaecimientos", al que ningún poeta se sustrae, patentes en la estrofa inicial de la "Canción de un Azul Imposible", en "Los Desposados de la Muerte", "Paternidad" y "Canción en la Alegría". Mas, del polvo que impera en su "Balada de la loca Alegría", se levanta Porfirio Barba Jacob, "vencedor de ese mismo polvo iracundo, que es la estatura igualadora de la muerte, vibra aún el acento conmovedor de su voz, de su alarido".

Bien se puede disentir de alguno de los conceptos de Galo René Pérez, tanto en lo accidental como en el fondo, pero hay que concluir que en este mural de la poesía hispanoamericana exhibe aciertos de primera mano, y lo sitúa como pintor veraz de rostros y de almas, cuyos pinceles no se quedan en los tonos vagos del elogio, ni persisten en los colores del anatema, sino que se ejercitan en la gama universal de las claridades poéticas absolutas. Que señalan a este joven escritor ecuatoriano como crítico mesurado, verdadero ensayista, en un continente de abigarradas paletas y violentas pasiones literarias. Contenido el desbordamiento lírico, sojuzgada la algarabía del trópico, solo un poeta, en este caso, pudo hablar con tanta propiedad de otros poetas.